

AURORA EGIDO

PREGÓN

DE LA

VII FERIA

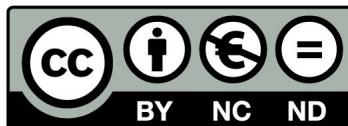
DEL LIBRO VIEJO

Y ANTIGUO DE ZARAGOZA



ZARAGOZA, 2011

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3061>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

La viñeta de cubierta reproduce el grabado que aparece en el libro de LUY S LOPEZ *Tropheos y Antigvedades de la Imperial Ciudad de Zaragoza* (1639).



na de las imágenes más enternecedoras de la iconografía tal vez sea la de San Jerónimo leyendo un manuscrito mientras un león está tendido a su lado escuchándole. Pues esa estampa, que cristianiza en cierto modo el mito de Orfeo cuando amansaba con su canto a las fieras, remite a toda una historia del libro y de la lectura que nos aparta del tráfigo del diario vivir para sumergirnos en otro espacio y otro tiempo.

No olvidemos bajo qué advocación se constituyó en 1537 la zaragozana Cofradía de Libreros de San Jerónimo, que perduraría hasta 1814. Sus estatutos regulaban los exámenes, los festejos, las ayudas a los cofrades necesitados y los entierros, pero sobre todo el control de calidad de los libros y la voluntad del libre comercio sin restricciones para que la ciudad de Zaragoza estuviese bien provista de ellos. Tenían su fiesta el 30 de septiembre, con misa cantada en la capilla de San Jerónimo, en Santa Engracia. Sus Actas, editadas por Natividad Herranz en una tesis doctoral dirigida por Ángel San Vicente, dan cuenta de su larga vida y de detalles tan curiosos como la figura del “Llamador”, que convocaba a los cofrades. El cargo, como la profesión, pasaba de padres a hijos y nietos, aunque se procuraba que ello no les eximiera de algunos castigos cuando imprimían mal y hacían faltas de ortografía o de cosido, pues además debían encuadernar libros, incluso con cortes dorados y tablas de cordobán decoradas con flores. Por todo ello, y si me lo permiten, me gustaría que, en este caso, el león que escucha a San Jerónimo no sea otro que el cesaraugustano, símbolo de toda una ciudad embelesada mientras lee.

La Feria del libro viejo y antiguo remite, en primer lugar, al sentido latino de *fiesta* que tuvo ya en los orígenes del español. Pero *fèriar* aparece pronto con el significado de comprar, según atestigua el Arcipreste de Hita, y así se sostiene hasta nuestros días. También *libro* se refrenda tempranamente, aunque *librero* es voz más tardía, de la que no faltan testimonios en el siglo XIV, lo mismo que de *librería*, a veces sinónima de *biblioteca*; palabras, todas ellas, que



abrieron el camino del Humanismo en lucha contra la barbarie resucitando a los clásicos de la Antigüedad grecolatina.

No es por ello banal que la voz *antiguo*, aunque pueda documentarse ya en Berceo, cobrara en el Renacimiento un nuevo sentido, al igual que *antigüedad* y más tarde *anticuario*, encarnación del espíritu de una nueva época en la que las Humanidades eran el mejor medio para alcanzar la dignidad. Y en cuanto a *viejo* -palabra tan devaluada y hasta oculta en nuestros días, como si hacerla sinónima de *mayor* la mejorara-, diré que tuvo la solera que pueden dar la experiencia o las enseñanzas de la edad, aunque también podríamos hablar de la polilla del tiempo.

Por esas y otras razones, una Feria del libro antiguo y viejo debe ser motivo de alegría, a la par que toda una ocasión, y nunca mejor dicho, en la que la compraventa de libros raros y curiosos se convierte en un auténtico ejercicio de libertad. Sobre todo si ello ocurre a la altura de 2011, cuando se oyen voces agoreras que, por utilizar un título de Franco Ferrarotti, apelan a *La agonía del libro en el cambio de milenio*. Pues, en efecto, no hace falta haber sido, como él, amigo de McLuhan, para comprender los inmensos cambios que el libro y la lectura han sufrido y sufrirán en la era de internet y de la globalización.

Pero si el avance de las nuevas tecnologías es una evidencia y hasta la batalla encabezada hace unos meses por Mark Haddon para salvar las bibliotecas del Reino Unido se ha hecho a través de Twitter o Facebook, no tenemos por qué renunciar al pasado ni a los libros, sino servirnos de los nuevos medios tecnológicos justamente como lo que son, para ponerlos al servicio de la cultura. Pues solo así, del sano juego dialéctico entre pasado y presente surgirá un futuro mejor, al igual que ocurrió hace siglos con el paso de la cultura oral a la escrita o más tarde con el del manuscrito al impreso en la época de Gutenberg.



Roger Chartier hablaba hace poco de las ventajas que suponía la representación electrónica de los textos, dado que convierten en realidad el viejo sueño dieciochesco de la universalidad. Pero, por eso mismo, cada vez son más necesarios aquellos medios y soportes que encarecen y potencian la individualidad, como hace el libro en su formato tradicional. El libro electrónico o las bibliotecas virtuales, sobre todo las selectivas, son un instrumento utilísimo. A nadie se le escapa, por poner un ejemplo, la ventaja que representa la digitalización de los 43.000 legajos del Archivo de Indias. Gracias a ello, podemos ver hasta qué punto el descubrimiento y la colonización de América lo trazaron barcos llenos de libros. Pero es evidente que tales medios no pueden sustituir a los originales, como ocurre con la visión real de un cuadro o con las relaciones humanas, directas y cercanas -incluidas las amorosas-, si las comparamos con las virtuales.

Michel de Certeau decía que el lector es un cazador furtivo. Y a esa cacería se han dedicado libreros y lectores, siempre a la busca del libro, en un viaje interminable de ida vuelta que comenzó hace siglos y cristaliza en el acto de posesión que implica el gozo de leerlo. Y no hará falta recordar el *I Ching*, *El Crítico*, “El poema de los dones” o *El nombre de la rosa* para imaginarse el paraíso como una biblioteca.

En la Feria del libro antiguo y viejo todo cabe, ya se trate de manuscritos, impresos, estampas, grabados, legajos, carteles o pliegos sueltos. Allí podremos encontrar, con suerte, desde un post-incunable de Jorge Coci a un autógrafo de Rafael Alberti, pasando por una postal de Roma, un tebeo de Roberto Alcázar y Pedrín o un cómic de Batman. Su presencia en el mostrador implica siempre una búsqueda y un hallazgo, además de una tasación y un oficio que termina por ser un arte difícil de ejercerse sin vocación, instinto y conocimientos.

El libro es un ser de vida latente que alcanza su plenitud cuando alguien lo lee, y, para que eso ocurra, es necesario no solo que alguien



lo escriba, sino que lo copie o imprima, lo distribuya y lo venda. El librero, que originariamente era también impresor, tiene un papel fundamental en ese proceso que luego se hace reversible, cuando el libro, una vez usado, vuelve otra vez a circular.

Las obras corren manuscritas o impresas, como si fuera el curso de un río que acarrea riquezas e historia. Cada libro tiene la suya, al igual que las bibliotecas -privadas o públicas- y las librerías, sobre todo las de lance; y, en ese devenir, es fundamental la relación del autor con los impresores y libreros. Ese fue el caso de Gonzalo García de Santa María, un judío converso aragonés, traductor de la Biblia, que años antes de Nebrija hizo el primer elogio de la lengua castellana compañera del imperio. Tenía la mejor biblioteca de su tiempo y colaboró con el famoso impresor Pedro Hurus, que publicó en Zaragoza obras fundamentales que circularían por toda Europa.

La imagen del libro como encarnación de un mundo nuevo la encontramos curiosamente unida a la pintura de una mujer que lee en el Libro de Isaías las palabras que profetizan justamente lo que el cuadro describe. Esto es, la Anunciación de María, concebida *ex auditu*. Así la podemos ver en el conocido cuadro de Fra Angelico. Pero, una vez gestado el libro como quien engendra un hijo, y tras su alumbramiento en la imprenta, hace falta que circule y que alguien lo lea.

En el Museo de Bellas Artes de Zaragoza podemos encontrar ejemplos de cuadros con figuras que llevan un libro en la mano, ya se trate del barroco San Bernardo de Vicente Berdusán o del San Benito de Claudio Coello. Pero no se trata solamente de libros, sino del periódico que lee un intelectual pobre y melancólico pintado en 1904 por Gascón de Gotor; o aquel otro, titulado “Carta del hijo ausente” (1887), obra de Maximino Peña, en el que toda la familia escucha atentamente al niño que la lee, pues ni sus padres ni sus hermanas saben hacerlo. Porque es en ese ámbito de la niñez donde la letra entra y se queda para siempre, aunque hubo tiempos en que



lo hacía a golpes. Así ocurre en un pequeño cuadro de Goya, en ese mismo museo, testimonio de una escuela popular de lecturas compartidas, tan lejos de otro retrato suyo, conservado en la National Gallery de Washington, con el solitario niño Víctor Guye, vestido de negro y oro con un libro abierto entre las manos.

Una buena parte de los retratos de Goya está vinculada al libro o al documento escrito, como si el perfil de la persona dependiera de ellos; ya sean obras de religión, botánica o jurisprudencia, cartas y billetes, o papeles para la escena, como el que lleva la actriz llamada “La Tirana”. Recordemos el del duque de Alba, gran melómano, con una partitura; o el del melancólico Jovellanos, apoyado sobre una mesa llena de legajos y sosteniendo una carta. Aunque el cuadro más sorprendente tal vez sea el de la Magdalena penitente leyendo, semidesnuda, como si ello la redimiera y sublimara.

Un libro de gran formato acompaña la imponente escultura de Joaquín Costa en Graus, obra de José Bueno, pues el Regeneracionismo, que luchó contra las desigualdades y la injusticia asentando las bases de la modernización de España, también nació en los libros. Y no hará falta recordar de dónde surgen algunas de las películas de Buñuel, tan buen lector del *Lazarillo*, el *Tenorio*, Galdós, el marqués de Sade o Simone de Beauvoir. Antonio Saura pasó muchas horas ilustrando las poesías de San Juan de la Cruz, el *Quijote* o el *Nuevo Pinocho* de Nöstlinger.

En la República de las Letras la escritura es uno de los mayores milagros de la humanidad, pues consiste en la capacidad de decir casi todo con un número limitado de caracteres. Pero las letras son voces calladas hasta que alguien las lee en silencio o en voz alta dándoles vida; y, para que eso ocurra, hay un largo camino que lo hace posible.

Cuando el buhonero abre su caja de libros usados apoyándola en un puente sobre el Sena, cuando se abre una caseta en la madrileña



Cuesta de Moyano o en una Feria del libro, se abre un pequeño mundo por el que transitar y vivir. Allí hay desde unas aleluyas a una carta manuscrita de Joaquín Ibarra, un álbum de cromos o una fotografía en blanco y negro con Antoñita conduciendo un tractor. En los anaqueles de los libreros todo cabe y en ellos descansa hasta que llega un comprador y se lleva lo que más le gusta o necesita. Y es en ese preciso y precioso instante cuando el libro descatalogado, la estampa de un romance prodigioso o la revista atrasada alcanzan su verdadero sentido, adquiriendo otra vida.

En las casetas del libro antiguo y viejo todo tiene un valor. Y no me refiero solo al que marca el librero sino al que le da el que lo adquiere, el que sabe lo que busca y lo reconoce cuando lo encuentra, con un placer tan difícil de definir como el del paseante que, de pronto, se encuentra con lo inesperado. Y en esa caza de altanería pueden valer tanto los papeles volantes y las piezas fugitivas como un mapa de Labaña o un *Libro de Horas* encuadernado en piel gofrada con hierros y florones.

La Feria del libro es el reino de la variedad en materias, géneros, épocas, formatos, autores y gustos. Hablamos de una casa común con múltiples estancias, todas iguales en apariencia, pero todas diferentes. En buena medida, una feria es también, a pequeña escala, una imagen del mundo y de su organización política y social, en el sentido de que no es un universo monocordio, sino compuesto de diversos acordes, que cada uno entona a su manera. Pero las casetas de la Feria del libro, en su microcosmía, no solo son espacio, sino tiempo, pues en cada una de ellas, siquiera de forma fragmentaria, cabe una parte de la historia general y particular de lo que pasó, además de todos los sueños y vidas inventadas.

La Feria del libro antiguo tiene su geometría y su topografía, pero también una aritmética secreta y nunca escrita que solo manejan los entendidos, pues hablamos de una rueda formada por vendedores que a su vez son compradores y viceversa. Y, a la hora de los números,



hay además cosas que no tienen precio o que hasta aspiran a tenerlo con el paso del tiempo. Quiero decir que hablamos de números con música o, lo que es igual, con proporción; toda una oculta filosofía, heredada o adquirida, que parte del amor y simpatía hacia los libros y que sabe valorarlos.

En las ferias del libro los ruidos de la ciudad y hasta los gritos se amortiguan como en sordina. Entramos en un ámbito abierto pero cerrado al mismo tiempo, hecho de miradas detenidas o rápidas, de diálogos breves y hasta susurrantes, así como de manos que dan, reciben y devuelven formando una espiral interminable.

En la *Instrucción de música sobre la guitarra española* de Gaspar Sanz (Zaragoza, Diego Dormer, 1674) hay una preciosa lámina titulada: “Laberinto que enseña un son por 12 partes Con quantas diferencias quisiere”. En él hay doce casillas de cuatro pisos, cada una con su tejadillo numerado y dispuestas en vertical, donde aparecen las letras del alfabeto que luego permiten todo tipo de combinaciones musicales. Esa imagen laberíntica pero armónica es tal vez una preciosa metáfora de la Feria del libro antiguo y viejo, convertida en una inmensa partitura de nunca acabar que cada lector deberá interpretar a su manera.

A veces la felicidad está más cerca de lo que suponemos. Un paseo por la Feria del libro permite explorar territorios nunca vistos ni sospechados a través de un viaje que podrá repetirse cuantas veces se reanude la lectura. Entrando en ese mundo, siempre podremos salvarnos gracias a la dignidad y al concierto de las palabras. Lo dice el *Oráculo* graciano: “Nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas”.



San Jerónimo rodeado de códices en griego, hebreo y latín, quitándole la espina a un león en la portada del libro de Pedro de la Vega *Hystoria nueva* (Zaragoza, Jorge Coci, 1528).

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE PREGÓN DE LA VII FERIA
DEL LIBRO VIEJO Y ANTIGUO DE ZARAGOZA, ORGANIZADA POR
A.L.V.A.D.A., EL 19 DE MARZO DE 2011. LA TIRADA SE
LIMITÓ A 200 EJEMPLARES NUMERADOS. SE
DISTRIBUIRÁ ENTRE QUIENES DECIDA EL
LIBRE ALBEDRÍO DE LOS EDITORES
Y ENTRE TODOS AQUELLOS
QUE AL SOLICITARLO
ACREDITEN UN
INVETERADO
AMOR
AL LIBRO.

EJEMPLAR NUMERO:



ASOCIACIÓN DE LIBREROS DE VIEJO
Y ANTIGUO DE ARAGÓN